

UDK:325.14(835.38)“1939/1945”

Prethodno priopćenje

Primljeno: 10. 12. 2001.

Prihvaćeno: 19. 02. 2002.

MATEO MARTINIĆ

*Universidad de Magallanes, Instituto de la Patagonia,
Centro de Estudios del Hombre Austral, Punta Arenas*

El sentimiento croata entre los inmigrantes de Magallanes (Chile) y sus descendientes durante el periodo final de la Yugoslavia monárquica (1939–1945)*

RESUMEN

El artículo pasa revista a los acontecimientos políticos acaecidos en la antigua Yugoslavia durante el periodo monárquico final (1939–1945), desde la perspectiva de los emigrantes croatas de Magallanes (Chile) y sus descendientes. Se parte de la base de la existencia en la época de dos corrientes de opinión, una aparentemente mayoritaria, decididamente yugoslavista y, como tal, que aceptaba la hegemonía granserbia, y otra, minoritaria, igualmente aparente, que privilegiaba su identidad croata y se identificaba con la postura de cuantos, en la patria lejana, propugnaban un estatuto de autonomía y el reconocimiento pleno de su individualidad histórica y cultural. Bajo el prisma de los correspondientes sentimientos, unos y otros recibieron y consideraron las noticias que se recibían de Europa, en especial aquellas que se originaron tras la derrota y ocupación de Yugoslavia por las fuerzas alemanas (1941) y el subsiguiente surgimiento del Estado Croata Independiente. De allí en adelante se presentan y consideran las correspondientes manifestaciones de opinión que, según la evolución de los acontecimientos, fueron mostrando el predominio de los yugoslavistas y, en el seno de esta corriente, de los partidarios del líder partisano Tito. Esta aceptación explícita o tácita caracterizaría por siguiente medio siglo a la colectividad chileno-croata de Magallanes como notoriamente yugoslavista, no obstante lo cual habría de mantenerse o resurgir entre unos pocos el porfiado sentimiento patriótico croata que al fin eclosionaría con renovado vigor con la independencia de Croacia en 1991.

PALABRAS CLAVE: Yugoslavismo, Estado Croata Independiente, ustasha, partisano, patriotismo croata, granserbismo

Hace algunos años nos ocupamos en sendos ensayos publicados en 1985 y 1986 de rastrear y analizar el sentimiento patriótico croata entre los inmigrantes arribados al territorio chileno de Magallanes a partir del cuarto final del siglo XIX. Constatamos así la vigencia de dos periodos claramente diferenciados: uno que iba desde 1896, fecha de la fundación de la primera de las instituciones societarias creadas por los emigrantes, hasta 1918; y otro, a partir del surgimiento del estado sueslavo hasta 1939¹.

* Trabajo presentado en el “Primer Encuentro de la Inmigración Croata y su Cultura en Chile y América Latina”, Punta Arenas (Magallanes, Chile), 20–22 de Noviembre de 2001.

¹ La controversia político-nacional entre los inmigrantes croatas de Magallanes (1896–1918), *Studia Croatica*, vol. 4 (99), Buenos Aires 1985; y los inmigrantes en Magallanes (Chile) y la cuestión croata (1919–1939), *Studia Croatica*, vol. 4 (103), Buenos Aires 1986.

Durante el primero eclosionó y se desarrolló un vigoroso sentimiento de identificación nacional croata entre los individuos de ese origen inmigrados en calidad de súbditos del Imperio Austro-Húngaro, que siendo común a todo el contingente de esa procedencia, no tardó en diferenciarse entre el de aquellos que reconociendo tal pertenencia entendían que sus aspiraciones de autonomía estatal debían encontrar una natural solución en el contexto del mantenimiento del Imperio, –los llamados “legitimistas”–, y el propio de cuantos propugnaban el abandono liso y llano de dicho conglomerado estatal, al advertir, por hechos contingentes reiterados, que tal posibilidad no tenía cabida en el mismo, habida cuenta de la hegemonía austriaco-magiar, –los nacionalistas croatas–. A su tiempo esta idea derivaría del autonomismo independentista al abierto “yugoslavismo”, tesis que acabaría imponiéndose en Magallanes como en la mayoría de los núcleos de la diápora croata en el mundo, y que se concretó en el surgimiento del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos al término de la Gran Guerra Europea (1918), hecho político entendido sobre la base del cumplimiento honorable del pacto suscrito un año antes en la isla de Corfú entre Ante Trumbić, como representante de los croatas, y Nikola Pašić, primer ministro del Reino de Serbia.

Durante el segundo lapso se registró el mayoritario influjo del integralismo yugoslavista² que silenció en nombre de una mal entendida fraternidad sueslava la vigencia del nuevo y duro hegemonismo serbio sobre los croatas, que generó problemas gravísimos de convivencia en el interior del nuevo estado plurinacional, y que tuvo una solución temporal en el acuerdo Maček – Cvetković de 1939 que dio origen a la Banovina Croata, esto es, el reconocimiento del derecho a la autonomía política, cultural y económica croata. En el transcurso de este período, la gran mayoría de los inmigrantes radicados en Magallanes aceptaron activa o pasivamente los hechos según se habían ido dando, pero una minoría, refugiada en los antiguos bastiones legitimistas del Club Dálmata y la Sociedad Dálmata de Socorros Mutuos, mantenía su sentimiento porfiadamente croata y adhería a los postulados de la independencia total del Reino de Yugoslavia.

Así las cosas, se arribó al aciago año de 1941 sin que en el lapso transcurrido desde agosto de 1939 se hiciera público por alguno de los voceros del yugoslavismo algún comentario favorable a la creación de la Banovina Croata, lo que no deja de ser sorprendente por cuanto tal hecho había significado en su momento siquiera un principio de solución para la grave cuestión que había enfrentado a croatas y serbios durante las dos décadas precedentes. En ese silencio, cargado de significado, advertimos el abandono virtualmente completo de los más caros valores del sentimiento patriótico croata por cuantos antaño los habían profesado con fervor.

Entonces, el 1 de abril de aquel año, el diario *El Magallanes* daba cuenta del acto multitudinario de homenaje tributado el día anterior al Rey Pedro II con motivo de su ascensión al trono de Yugoslavia, por parte de las diversas instituciones societarias sueslavas. En la ocasión hablaron el presidente del *Dom*, Antonio Mimica, el cónsul de Yugoslavia en Punta Arenas, Natalio Brzović, y personas notables como Lucas Bonačić y Pedro Marangunić, además de Dinko Coro, Juan Sturiza y Andrés Kukolj, éste

² Concepto que define la tesis que privilegiaba como valor centralizado absoluto la unión política de las nacionalidades eslavas del sur en un estado regido por la monarquía serbia de los Karađorđević.

director de la Escuela Yugoslava, quien investía la calidad de funcionario del gobierno real. Todos los oradores, en particular el último, proclamaron su apoyo y adhesión a la unidad yugoslava ante el inminente ataque militar de Alemania luego del derrocamiento del régimen encabezado por el regente Príncipe Pablo Karađorđević que se había alineado políticamente con aquella potencia. Importa recordar que una de las causas que había motivado el golpe era el descontento de los generales serbios por los términos del acuerdo Maček – Cvetković, ya mencionado. Ante la situación se acordó de manera unánime la refundación de las organizaciones de apoyo creadas en el transcurso de la Primera Guerra Mundial, como eran la Cruz Roja y la Defensa Nacional yugoslavas.

Luego de la invasión germana y tras el rápido descalabro militar yugoslavo, las agencias internacionales de noticias dieron cuenta de la rendición del ejército real, de la subsecuente ocupación del país por las fuerzas del Tercer Reich y de la descomposición del estado yugoslavo, con el coetáneo surgimiento de los estados de Croacia, Macedonia y Montenegro (19-IV-1941).

Fue entonces, a raíz de estos acontecimientos, en especial de la secesión croata, que se convocó a una asamblea de la colectividad residente en Punta Arenas para el día 20 de abril, como de costumbre en el salón principal del Club Yugoslavo. La misma se realizó bajo la presidencia de Pedro Marangunić, a la sazón titular de la *Jugoslavenska Narodna Obrana*, y en la que el discurso de fondo estuvo a cargo de Andrés Kukolj. También en la oportunidad intervino un hombre de prestigio en la colectividad local, como era Esteban Scarpa, quien destacó y alabó la cohesión de los yugoslavos de Magallanes en ese momento de prueba, olvidándose cualquier motivo de discordia interna, lo que debiera tomarse como una alusión a las diferentes opiniones que se daban respecto de la situación en el desaparecido estado plurinacional.

El acto masivo concluyó con la siguiente resolución, adoptada en forma unánime al calor del fervor provocado por los oradores:

Más de cinco mil yugoeslavos de estirpe croata, radicados en el extremo austral de la hospitalaria República de Chile, Provincia de Magallanes, representados hoy 20 de Abril de 1941, en una magna Asamblea Colonial, convocada por la Defensa Nacional Yugo eslava, en la ciudad de Punta Arenas, aprobaron espontánea y unánimemente la siguiente Resolución:

I. Condenar con la mayor indignación la actitud traidora y antipatriótica de Antonio Pavelic y secuaces, mercenarios del nazi-fascismo que, con el apoyo de la máquina guerrera alemana e italiana, proclamaron un falso “Estado Libre de Croacia”, entregando de esta forma a los croatas a una esclavitud más inicua que la del yugo secular de la monarquía austro-húngara; Afirmamos que los Croatas pueden ser únicamente libres en la libre Yugo eslavía y grandes en la Grande Yugo eslavía.

II. Rindiendo el mayor homenaje de reconocimiento al ejército yugo eslavo, que bajo precarias condiciones y con valentía sobrehumana, infligió pérdidas enormes a las fuerzas enemigas, inmensamente superiores, declaramos nuestra firme voluntad de permanecer fieles hasta el final, a la unidad nacional del Pueblo y del Estado yugo eslavos, bajo el cetro de la Dinastía nacional de los Karađejević y la dirección del Gobierno de S. M. el Rey Pedro II.

III. Estando dispuestos, como hasta ahora, a todos los sacrificios, afirmamos libre y solemnemente, que dedicaremos todos nuestros esfuerzos al servicio de la libertad y de la verdadera democracia, cuyos paladines son Gran Bretaña y los EE. UU. de Norteamérica, que no solamente luchan por la libertad de los pueblos atacados y oprimidos, sino también por la libertad del mundo. Renovamos nuestra fue en el triunfo definitivo de la justicia y de la verdad, como así mismo en la restauración de una Grande y Libre Yugoeslavia.

IV. Deseamos que esta RESOLUCION sea puesta en conocimiento de la Embajada Británica y del Gobierno Yugoeslavo por intermedio de la Legación Yugoeslava en Santiago, y al Presidente de los EE. UU. por el conducto de la Embajada Yugoeslava en Washington.

Presidente, Pedro Marangunic

*Secretario, Andrés Kukolj*³

Más allá de lo obvios que resultan los conceptos de la declaración por corresponder a los propios de quienes profesaban un yugoslavismo integral, resulta sorprendente el reconocimiento que se hace al comienzo de la misma, de la pertenencia a la “estirpe croata”, al cabo de más de veinte años en que tal denominación había sido sistemáticamente omitida en discursos y resoluciones societarios. Era, evidentemente, una manera de tocar la íntima fibra patriótica croata formada por los emigrantes y sus descendientes, para sensibilizarlos en procura de los objetivos yugoslavistas. Ello se confirma, además, con la convocatoria hecha por el *Dom*, la Defensa Nacional y la Cruz Roja yugoslavas para celebrar el 270º aniversario de la muerte de Petar Zrinski y Frane Frankopan, luego de casi dos décadas de abandono de toda conmemoración referida a estos héroes croatas, que simbolizaban el anhelo histórico por la individualidad y la independencia de su nación.

Un mes después del acontecimiento de que se da cuenta, el 25 de mayo de 1941, se realizó una nueva asamblea en el *Dom*, convocada para dar cuenta de la anunciada creación de lo que se denominaba “Reino Italo-Croata”, y en cuyo transcurso intervinieron como oradores de circunstancias el cónsul Brzović, Marangunić y Kukolj.

Como cabía esperarlo, la reunión concluyó con la adopción de una resolución, cuyo texto era el siguiente:

Los yugoeslavos de stirpe croata radicados en la provincia de Magallanes, República de Chile, representados el día 25 de mayo de 1941, en la magna asamblea colonial, convocada por la Defensa Nacional Yugoeslava, aprobaron espontánea y unánimemente la siguiente Resolución:

1º.— Guiados y animados por los principios de libertad de opinión y sentimiento levantamos nuestra más enérgica protesta contra la implantación del ridículo y arlequinesco “Reino Italo-Croata” y repudiamos la criminal y cobarde actitud de los traidores nacionales Antonio Pavelic y secuaces.

³ Edición del 21 de abril de 1941.

2º.- *Confesamos públicamente una vez más delante del mundo entero nuestra inquebrantable fidelidad a la unidad nacional y política del pueblo yugoeslavo bajo el mando del Rey Pedro II Karadjordjevic, único, auténtico y legítimo Rey sucesor en la cadena histórica de todos los reyes croatas, serbios y príncipes eslovenos.*

3º.- *Manifestamos nuestra solidaridad con la oficial declaración de nuestro representante diplomático en Santiago, hecha el 24 del presente en la prensa chilena.*

4º.- *Acentuamos nuestra fe en la victoria final de la verdad y de la justicia y pedimos que las resoluciones de nuestra magna asamblea, por intermedio de nuestra Legación en Santiago sean puestas en conocimiento del Gobierno yugoeslavo y de los Gobiernos de todas las naciones aliadas, quienes están luchando por la conservación de los derechos humanos y democráticos en el mundo y por la liberación de todos los pueblos actualmente oprimidos.*

Defensa Nacional Yugoslava.

Presidente, Pedro Marangunic; secretario, Andrés Kukolj⁴.

Pasando por alto la inexactitud histórica del contenido del punto segundo, claramente acomodaticia a las circunstancias, y tan sólo comentando como nada feliz ni oportuna la decisión de la dirigencia nacional croata que había motivado la airada protesta de que se da cuenta, la verdad es que, pese a la proclamada unanimidad de la colectividad croata-chilena, avalada al parecer por la ausencia de toda opinión pública en contrario, lo acontecido, una vez más, no había concitado, ni concitaba el consenso en el seno de la colectividad, pues había quienes sin compartir en su totalidad lo realizado por Ante Pavelić, se alegraban de la separación de Croacia de la antigua Yugoslavia, defendían la independencia croata como valor supremo y, aún, expresaban en privado sus simpatías por Alemania. Tal fue el caso de algunos miembros de la emigración que militaban en el Club y Sociedad dálmatas y que se habían manifestado desde largo tiempo como fervientes y recalcitrantes croatas, y, como tales, oponentes abiertos a la unidad yugoslava.

Para una apreciación mas cabal, viene al caso recordar lo acontecido con la antigua Sociedad Austriaca de Socorros Mutuos una vez finalizada la Gran Guerra Europea o Primera Guerra Mundial.

Para los croatas pertenecientes a esa entidad —que dicho sea de paso agrupaba a la mayoría de la inmigración de esa nacionalidad— aquella situación sobreviniente (la desaparición del Imperio Austro-Húngaro y la incorporación de la nación croata al nuevo reino plurinacional encabezado por la monarquía serbia) exigía el cambio de denominación indispensable, pero al determinarlo así primó entre los mismos la aceptación por los sentimientos de la nacionalidad histórica a la que los hechos habían hecho emerger, y así su fidelidad fue para con ella, sin otro compromiso. Se optó entonces por el viejo y querido gentilicio regional dálmata para bautizarla, en lo que históricamente debe ser entendido como una legitimación de la croatidad de los asociados por sobre la suerte de abdicación de la misma que en algún sentido hacían de ella los sostenedores de la causa yugoslava.

⁴ *El Magallanes*, edición del 26 de mayo de 1941.

La Sociedad Dalmata de Socorros Mutuos (y también el Club Dálmata), bautizada así a contar de 1919 fue nuevamente “legitimista”, esta vez sosteniendo los principios inculcables de la nacionalidad histórica que sus asociados veían subyugada por una realidad político-estatal de un cada vez más desembozado predominio serbio, situación mucho más agobiante que la que alguna vez había podido darse en el antiguo ordenamiento estatal austro-húngaro, como lo demostrarían los sucesos históricos subsecuentes. Había en esa postura, en la “porfía dalmatina” mucho más que posiciones personales de antagonismo con aquellos que militaban en otras entidades generadas en el seno de la inmigración croata magallánica. Ello era realmente la expresión tangible de la lealtad a la antigua patria croata por sobre los avatares impuestos por los resultados de la guerra y sus consecuencias, y que se mantendría a flor de piel para ser demostrada en cualquier ocasión que se brindara.

De ese modo, manteniendo su actividad esencial y creciendo numéricamente, la Sociedad Dálmata de Socorros Mutuos agrupó a un conjunto de leales croatas, desprecia-tivamente mirados por quienes hacían del yugoslavismo la meta suprema de sus anhelos políticos étnicos. La Sociedad Dálmata como tal y teniendo, como tenía, la primacía entre las organizaciones creadas por la inmigración en suelo magallánico, se vio oficialmente distanciada y discriminada por la dirigencia de otras instituciones, en particular por la del Club Yugoslavo (el antiguo Hrvatski Dom). Pero sus asociados, cuyo número había alcanzado a ocho centenares y que comenzaría a declinar con los años por razón de las naturales bajas por fallecimientos, alejamientos del territorio y en la medida que cesaba la inmigración, siempre mantuvieron una insobornable fidelidad a la causa justiciera del croatismo, bien que en forma subyacente, y en muchos de ellos más viva aun en circunstancias dolorosas de una nueva conflagración europea y mundial, una de cuyas víctimas era la entidad estatal multinacional yugoslava surgida en 1918, lo que llevó a mostrar simpatías por las potencias que la habían agredido en un contexto de circunstancias que condujeron a la reconstitución efímera de la estatalidad croata.

En particular, sabemos del grupo de opinión generado en su seno y liderado por hombres tan prestigiosos como Tadeo y Jerónimo Pavisic Glasinovic, dálmatas a toda prueba, e integrado por los hijos del primero y algunos parientes y amigos. Ellos en espontáneas reuniones dominicales en el Club Dálmata, de las que participaban otros habituales u ocasionales contertulios, comentaban y debatían con calor acerca del curso de los acontecimientos, según se les conocía por las noticias de prensa y radio. Pero, por lo común, muy poco de eso trascendía a ese círculo societario y aquellas ideas y sentimientos nacionalistas croatas acabarían olvidándose en el tráfigo de los acontecimientos del tiempo.

Hasta donde hemos podido indagar en fuentes familiares, queda claro que hubo una aceptación del hecho consumado como fue la independencia y la subsecuente creación del Estado Libre de Croacia. Pero, así y todo, se trataba de una situación anímica confusa e incómoda por cuanto aquel suceso se había dado en el contexto político del facismo imperante, circunstancia que localmente, como en la mayoría de las naciones ajenas a las potencias del Eje se veía como un estigma. Hubo pues más que manifestaciones de alegría, una callada aceptación de hechos y, en su transcurso, de resignación

ante lo inevitable⁵. Esto derivaría insensiblemente, para la mayoría de ellos y frente a la actividad vocinglera del “bando opuesto”, por así llamarlo, en una suerte de despreocupación paulatina por lo que acontecía en la vieja patria... Al fin y al cabo, ahora los afectos e intereses estaban firmemente arraigados en Chile.

Para un juicio histórico verdaderamente objetivo como debe ser, es preciso trasladarse a la época y procurar entender el sentimiento patriótico del pueblo croata —el que se hallaba dentro del estado yugoslavo y el que integraba la extensa emigración repartida por el mundo—, y por tanto hacer una diferenciación entre sus motivaciones inspiradoras.

Para los que vivían en las distintas regiones históricas de Croacia, lo acontecido a partir de 1918 había sido una dolorosa frustración —una traición a la buena fe croata— por la imposición de las ideas y prácticas hegemónicas del granserbismo por sobre el compromiso pactado de poner en vigencia un estado plurinacional igualitario. Para los de la periferia, que mayoritariamente habían sostenido desde el exterior la propuesta yugoslavista, o estaban en el limbo (caso de los inmigrantes radicados en Chile) y por tanto ignoraban, debemos suponerlo de buena fe, cuanto había sucedido en el seno del estado yugoslavo, o, si se poseía información, su apreciación era benevolente por considerar que se había generado una lamentable confusión, cuando no una equivocación irremediable.

De allí que estimamos, había legítimo derecho a la visión discrepante, según se estuviera informado o se soportaran las consecuencias, al juzgar los hechos acaecidos a la luz de los compromisos anteriores a 1918.

Y tornando a los que habitaban en las tierras vernáculas y para muchos de la diápora (los croatas de Argentina, por ejemplo), el golpe de estado de 1941 que había puesto fin al régimen encabezado por el príncipe regente Pablo, había conformado la gota que había rebalsado la copa de la paciencia croata, aun la de los más moderados como el respetado líder Vladimir Maček y sus seguidores, con lo que con la invasión alemana de Yugoslavia se había dado la oportunidad que esperaban aquellos que militaban en el extremismo ustasa esto es, se había puesto en práctica el antiguo axioma, “el enemigo (los alemanes) de mi enemigo (los serbios) es mi amigo” y así, lejos de combatir en defensa de un estado que no sentían como propio, abandonaron las armas y aprovecharon la coyuntura para refundar el estado nacional croata.

Pensar así y obrar en consecuencia, o al menos aceptarlo patrióticamente como un hecho consumado (caso del arzobispo Alojzije Stepinac, por señalar al más calificado), no era ser traidor a nada y sí fiel a la causa patriótica que anidaba en el corazón de todo croata auténtico.

En esta última situación se encontraron tantos inmigrantes de la diápora que, como los recalcitrantes dálmatas de Magallanes, simpatizaron con la causa de las po-

⁵ Descendientes de Tadeo Pavisic, algunos de sus hijos en particular y de otros emigrantes, conocieron posteriormente durante el transcurso de sus estudios universitarios a emigrados croatas arribados a Chile a partir de 1945 y, a través de ellos, pudieron informarse sobre la realidad de lo acontecido en Croacia entre 1941 y el término de la guerra mundial. Algunos de ellos asumirían en consecuencia una actitud comprensiva respecto de la que entonces era la utopía independentista croata (comunicación personal del señor José Pavisic Dragnic).

tencias del Eje, con Alemania en particular, en tanto que habían favorecido la reconstitución del antiguo estado nacional.

Entre los croatas de Magallanes, pues, se dieron de modo natural las dos opciones legítimas: la de una parte, aparentemente mayoritaria, conducida hábilmente por un núcleo activo y vociferante de yugoslavistas integrales, quienes se condolían de lo ocurrido tras la invasión militar germana, reafirmaban su adhesión a la Yugoslavia monárquica y condenaban severamente al separatismo croata; y la de otra parte de la colectividad, pasiva y silenciosa, que adhería al Estado Libre de Croacia y simpatizaba con la causa del Eje. Así, en Magallanes hubo de quedar también en evidencia la tragedia que marcaría la trayectoria histórica de la nación croata durante el siglo XX, que tendría una triste y dolorosa secuencia durante los años que siguieron hasta el fin de la guerra mundial, en la postguerra y en los años que siguieron hasta los históricos sucesos de 1990–91 que culminaron con la independencia de Croacia.

Lo acontecido en el territorio yugoslavo entre 1941 y 1945, cada vez más y mejor conocido, tuvo para los sentimientos patrióticos de los inmigrantes croatas, cualquiera que haya sido su motivación, diferentes instancias de percepción.

Es preciso convenir que el tema no resulta fácil ni cómodo de tratar. Pero ha debido, debe y deberá ser considerado con creciente objetividad por parte de los estudiosos en la medida que el correr del tiempo (y la cada vez mayor disponibilidad de antecedentes) nos aleje de esos años cruciales en que los croatas, los de dentro de los límites del estado yugoslavo y los de la diáspora mundial tuvieron visiones y posiciones contrapuestas acerca de lo que más convenía al pueblo y a la patria croatas. Repetimos, unos y otros en plan de sincero y honesto convencimiento, tuvieron opciones igualmente legítimas. De allí que no corresponde motejar de “traidores” a quienes sustentaban una postura diferente a la que sustenta el analista, cualquiera que este sea, y considerar la situación con altura de miras y con serenidad en particular para tratar de entender la posición de cuantos en Croacia propiamente dicha optaron mayoritariamente –activa o pasivamente– por apoyar la creación y la vigencia del Estado Libre, haciendo abstracción de lo que fueron conductas o políticas gubernamentales contingentes, quizá inspiradas por conveniencias de momento, durante el período 1941–1945, cada una de las cuales amerita una consideración especial. Uno de los aspectos más sensibles para el patriotismo croata fue la sesión obligada a Italia de territorios croatas desde siglos, que el gobierno de Pavelić había debido realizar en el contexto del reconocimiento a la estatalidad. Si dentro debió concitar sentimientos de rabia impotente, en la diáspora dolió fuertemente, y ello, más la instauración de un régimen totalitario –al uso del tiempo–, contribuyó a morigerar o enfriar la aceptación de la independencia croata.

Por nuestra parte procuramos entender la discrepancia de pensamiento y de acción, cada una con propia legitimidad, de quienes en el interior de la patria habían sufrido a partir de 1918 las consecuencias del hegemonismo granserbio, algo que los dirigentes croatas del Comité Yugoslavo de Londres nunca pudieron imaginar que ocurriría. Fue ese, convengamos, su gran pecado de ingenuidad, que también debe excusarse, por haberse cometido al calor del fervor yugoslavista de aquel tiempo.

Esos sentimientos respondían en general, reiteramos, a la doble distinta percepción que tenían los croatas de la diáspora respecto de la de aquellos que vivían en el seno del

reino yugoslavo. Esos conservaban la noción ingenua y romántica de la unidad fraternal sueslava; éstos, que soportaban la dura realidad de la hegemonía granserbia, hacía tiempo que habían perdido, si es que alguna vez la habían tenido, la esperanza en una convivencia tolerable y respetuosa de su individualidad y derechos nacionales.

Pero retornemos al tiempo y circunstancias locales que interesan.

En Punta Arenas, como en Chile en general, proseguía activa la propaganda yugoslavista encabezada por los personeros y órganos de la Defensa Nacional Yugoslava, para los que, vale destacarlo, había la mayor y más amplia cobertura informativa.

En ese contexto se desarrolló en Santiago durante los días 25 al 28 de julio de 1941 el Congreso de la Defensa Nacional Yugoslava de los Países del Pacífico sur (Chile, Perú y Bolivia), reunión a la que concurrieron Pedro Marangunić y Andrés Kukolj, en representación de los comités "Dalmacia" de Punta Arenas y "Bosna" de Porvenir. Es del caso señalar que el primero fue designado Vice-Presidente del Congreso, en tanto que el segundo asumió la secretaría general. En tal calidad cupo a Kukolj asumir importantes responsabilidades, entre ellas las de redactar las conclusiones con las que se puso término a las deliberaciones.

El Congreso Nacional Yugo eslavo, efectuado en Santiago de Chile, informó a su regreso al diario El Magallanes, constituye un movimiento de todos los yugo eslavos libres residentes en ambas Américas, que se ha iniciado en Chile en forma parecida a un movimiento análogo producido durante la Guerra Mundial, cuando los yugo eslavos lucharon por la liberación de sus territorios históricos y por la unidad nacional y estatal.

Esta vez, este Congreso tenía su primordial sentido, no sólo en razones políticas, sino que organizar la labor de los yugo eslavos discriminados en el mundo de su ayuda a la Patria lejana y dar una base moral más fuerte al Gobierno Yugo eslavo, que debido a las circunstancias impuestas por la guerra ha debido abandonar su territorio para luchar junto con todo su pueblo al lado de los países democráticos por su libertad.

El espíritu que reinó en el Congreso dio una vez más a conocer el alma yugo eslava puesta a prueba por los trágicos acontecimientos ocurridos y en igual forma dio a conocer como los yugo eslavos residentes en varias naciones están agradecidos por la hospitalidad que gozan y la forma como respetan sus instituciones.

Y terminaba manifestando que los trabajos efectuados durante cuatro días de impropia labor pueden condensarse en las siguientes conclusiones:

1º.- Los yugo eslavos libres están dispuestos a realizar todos los sacrificios posibles para reconquistar su patria invadida, y cumplir sus destinos históricos bajo la dinastía reinante Karadjorgjevic y establecer la constitución democrática.

2º.- Los Yugo eslavos juzgan traidora la obra del Gobierno títere croata, encabezado por Antonio Pavelic, afirmando que los croatas pueden ser libres solamente en una libre Yugo eslavía y grandes en una Yugo eslavía grande.

3º.- Esta vez luchan los yugo eslavos no solamente por reconstruir su país en la forma conocida hasta ahora, dada por el Tratado de Versalles, sino para que en definitiva abarque todos los territorios que histórica y etnográficamente son yugo eslavos,

y por eso tienen su fé más fecunda puesta en el Imperio Británico, en la gran nación de Norte América y en su gran pueblo hermano, Rusia, creyendo que estas naciones constituyen la mejor garantía para la futura constitución de Europa, ahora ensangrentada por la guerra a base de los principios de la libre voluntad de los pueblos soberanos.

4°.- Los yugoeslavos libres afirman su lealtad al Rey Pedro II y a su gobierno, declarando que están dispuestos a realizar los mayores sacrificios para ayudarlo en su gran labor para obtener los fines que todos los yugoeslavos desean⁶.

La compulsa de la prensa puntarenense de ese tiempo permite comprobar la variedad y frecuencia de noticias referidas a las actividades del gobierno monárquico yugoslavo en el exilio (Londres), como de la lucha de resistencia iniciada en suelo yugoslavo por el general Draža Mihajlović, oficial serbio del antiguo ejército real, y sus guerrilleros chetniks, en contra de los ocupantes alemanes e italianos (y de sus aliados del Estado Croata), del mismo modo como de las repercusiones que todo ello tenía en la colectividad local, a lo menos en el sector alineado con las opiniones de las entidades societarias (exceptuados el Club y Sociedad dálmatas) que se percibían como mayoritarias.

Cada vez había menos referencia a Croacia, sólo Yugoslavia y yugoslavos, y cuando se hacía mención a la palabra croata era para estigmatizar con ella a quienes eran tenidos como disidentes o inclusive como traidores a la presunta causa nacional.

Importa señalar cómo entonces y por los dos siguientes años se destacaba la figura de Mihajlović, tenido como paradigma de cuanto de noble y heroica podía tener la lucha contra los invasores alemanes y sus aliados. Se le ensalzaba mencionádoselo como un nuevo Robin Hood, un nuevo Guillermo Tell o un nuevo Simón Bolívar (conceptos del cónsul yugoslavo Natalio Brzović). No se ahorraban ditirambos y su fotografía lucía en muchas casas de inmigrantes de Magallanes.

Pero avanzado 1944 todo fue cambiando respecto de ese líder de la resistencia, en la medida que cobraba relieve la figura de Josip Broz, alias Tito, antiguo dirigente comunista croata, quien había conformado su propia fuerza guerrillera, y había obtenido el reconocimiento y favor de los Aliados, en particular de los británicos. Mihajlović pasó a ser dejado de lado y luego fue víctima de la denostación y al fin de la execración de cuantos antes lo ensalzaban sin medida y presentado como un traidor, *¡Sic transit gloria mundi!*

¿Cuáles eran las causas de ese notorio y sorprendente cambio que, por cierto trascendía a la figura del antiguo oficial real? Ya está dicho: el favor de los Aliados, y en eso influyó el peso que entre ellos tenía la Unión Soviética, hasta 1942 cómplice de Alemania en el despojo y sojuzgamiento de pueblos, y luego víctima de la misma. A la U.R.S.S. —a Josef Stalin, su maquiavélico conductor— le importaba y mucho que, en la perspectiva de la segura derrota militar alemana, Yugoslavia quedara en la esfera de su influencia política y militar en la postguerra. Por tanto, su respaldo a Tito y a su movimiento partisan —inequívocamente comunista— fue total y efectivo, y ante sus otros aliados actuó en consecuencia, convenciéndolos en tal sentido, contando, es claro, con la ingenuidad, si de la misma puede escribirse, del Presidente Roosevelt y de los británicos.

⁶ Edición del día 30 de agosto de 1941.

En ese nuevo y cambiante contexto se conoció la adhesión de los yugoslavos de Magallanes al *Movimiento de Liberación Nacional* encabezado por el croata Tito. Pero ello ocurrió a costa de la unidad de cuantos hasta entonces habían sostenido la “postura oficial” yugoslava, esto es, el apoyo al gobierno monárquico en el exilio y a las fuerzas militares que en el interior de Yugoslavia le obedecían. En efecto, el 23 de abril de 1944 tuvo lugar una asamblea en la que participaron sobre un centenar de personas – cantidad importante para el medio –, todas ellas de origen croata y que, curiosamente, no se realizó en el *Dom* como era habitual (que disponía de capacidad suficiente para tal cantidad), sino en un recinto ajeno.

Para conocer la razón de convocatoria y de sus propósitos basta remitirse al comunicado ulterior dado a la publicidad y que se transcribe in extenso por su significación:

Los yugoeslavos residentes en Magallanes, República de Chile, reunidos al amparo de las leyes democráticas de este hospitalario país, movidos por el amor filial hacia la patria lejana, Yugoslavia, y compartiendo los mismos ideales democráticos con los hermanos residentes en Estados Unidos de América, Argentina, Uruguay, Perú y Bolivia, estimamos haber llegado el momento para manifestar públicamente nuestro sentir ante la magnitud de los acontecimientos que en la actualidad se desarrollan en Yugoslavia, con motivo del incremento que ha tomado la guerra de liberación de nuestro suelo, realizada por el heroico Ejército de Liberación Nacional.

Las heroicas fuerzas combatientes de Yugoslavia llenan de orgullo a todo buen patriota y a todo demócrata sincero. Al lado del poderoso Ejército Rojo y de los valientes Ejércitos aliados, que en todos los rincones del mundo luchan contra los bárbaros nazifascistas, están en primera fila el Ejército Popular de Liberación Nacional de Yugoslavia, comandado en forma extraordinaria por el genial Mariscal José Brozovic TITO. Esta fuerza en lucha constante, contribuye enormemente acercar el momento de la victoria de las Naciones Democráticas.

Este mismo heroico Ejército que ha merecido los más calurosos elogios de parte de los diversos Gobiernos Aliados y en forma especial del propio premier británico Mr. Winston Churchill, en su reciente exposición en la Cámara de los Comunes, fue y sigue siendo duramente atacado por el Gobierno Yugoslavo en exilio, formado por políticos desplazados y desvinculados del pueblo yugoslavo, que con su nefasta labor provoca la guerra fratricida en nuestra patria.

Analizando ampliamente los acontecimientos que se están desarrollando en nuestra patria e interpretando el sentir de la mayoría de la colectividad yugoeslava, estimamos un deber patriótico prestar nuestro apoyo, moral y material, a los hermanos que en Yugoslavia luchan por la liberación de la patria; conscientes de tales deberes reunidos en asamblea amplia realizada en Punta Arenas el día 23 de Abril de 1944, acordamos la siguiente:

RESOLUCIÓN:

1º.– Pleno reconocimiento de fidelidad al Gobierno de Liberación Nacional, presidido por el ilustre demócrata Dr. Ivan Ribar, el cual representa a la nueva Yugoslavia, libre y democrática, sincera colaboración de la solidaridad eslava y con todas las naciones libre y democrática del mundo.

2°.— *Pedimos a los gobiernos aliados de Gran Bretaña, Estados Unidos de Norte América y Unión Soviética el reconocimiento del Gobierno de Liberación Nacional, presidido por el Dr. Ivan Ribar y la inclusión de los derechos de “Préstamo y Arriendo” al Ejército Yugoslavo de Liberación Nacional, bajo el mando del Mariscal Tito.*

3°.— *Prometemos prestar nuestra ayuda total, moral y material, al Gobierno y Ejército de Liberación Nacional Yugoslavo, dirigido por el genial Mariscal José Broz TITO.*

4°.— *Repudiamos a todos los enemigos declarados del pueblo yugoeslavo, y aspiramos a que, en el día de la paz, Yugoslavia sea gobernada por legítimos y auténticos representantes del pueblo, a fin de poder ocupar en el concierto de las naciones el sitio a que tiene derecho por su valor, sus esfuerzos y sus sacrificios.*

5°.— *Apoyamos ampliamente la Declaración del Directorio Central de la Defensa Nacional Yugoslava del Pacífico, dada en Santiago de Chile con fecha 7 de Marzo último y condenamos enérgicamente al presidente del Comité local “Dalmacia” de la Defensa Nacional Yugoslava, señor Andro I. Kukolj, quien siguiendo el sistema nazi-fascista mantiene oculto dicho manifiesto de la directiva máxima de nuestra organización y exigimos que cuanto antes se convoque a una amplia reunión colonial, para que así pueda nuestra colectividad libre y democrática pronunciarse sobre los actuales graves acontecimientos.*

6°.— *Autorizamos a la comisión pertinente para que publique en la prensa estas conclusiones y las remita a todas las organizaciones y prensa yugoeslavas de América, como también a los señores representantes de los Gobiernos Aliados, solicitándoles remitan estas conclusiones a sus respectivos Gobiernos. Y finalmente acordamos hacer llegar estas conclusiones y nuestros sentimientos de admiración en conocimiento del Mariscal Tito y del Gobierno de Liberación Nacional, por intermedio del Comité Esloavo de Moscú⁷.*

Era evidente que se había producido una ruptura profunda entre dos tendencias: la que seguía las inspiraciones del gobierno yugoslavo en el exilio, a la que adhería el directorio de la Defensa Nacional Yugoslava, del que ya se habían autoexcluido algunos como Pedro Marangunić, y la que a la luz de los acontecimientos militares y políticos en suelo yugoslavo, respaldaba con entusiasmo al denominado *Consejo Antifascista de Liberación Nacional de Yugoslavia*, esto es al organismo encabezado por Tito y su facción partidaria. Esta posición parecía ser la mayoritaria en el seno de la colectividad y a juzgar por la nómina de los firmantes de la resolución del 23 de abril, en ella estaban los miembros más conspicuos de la misma, tales como los hermanos Pedro, Gustavo y Jerónimo Marangunić, Lucas Bonačić, Jorge Jordan, Antonio Kalafatović y Juan Stipičić, entre otros varios. En el bando opuesto habían quedado el combativo intelectual Andrés Kukolj, Kuzma Slavić, Antun Marušić y otros.

Era, sin duda, el reflejo local de lo que en simultaneidad se estaba dando en otras partes del mundo libre en el que tenía presencia la diáspora sureslava.

⁷ *El Magallanes*, edición del 9 de mayo de 1944.

La respuesta del directorio de la Defensa Nacional Yugoslava no demoró en conocerse. En ella se atribuía lo obrado a la pasión de “personas poco escrupulosas”, cuyo proceder era divisionista y disolvente, que actuaban abusando de la buena fe de la inmensa mayoría de los que habían concurrido a la asamblea de marras y firmado su resolución⁸.

Tras informar sobre lo que acontecía en el exterior en procura de la armonización de las posiciones, la del gobierno real en el exilio (ahora instalado en El Cairo) y la organización liderada por Tito, concluían expresando:

Antes de terminar, reservándonos el derecho de ejercer las acciones que correspondan, deseamos manifestar a la opinión pública de esta culta ciudad, que lamentamos muy de veras la desviación de nuestros connacionales, quienes han entregado a la especulación de nuestros enemigos comunes, situaciones políticas internas, que en ningún caso deben ser conocidas por quienes sólo persiguen nuestra destrucción.

Nuestro ánimo es hacer resaltar el gran heroísmo que demostró nuestro pueblo desde el momento mismo de la invasión, que dirigido por su jefe, Draza Mihailovic, creador de nuestro Ejército Libertador, supo no sólo salvar la honra nacional, sino perpetuarla dando con su ejemplo estímulo para que posteriormente se organizaran nuevos caudillos, como el jefe Josip Broz (Tito), que acosan a los nefastos invasores sin tregua alguna.

Yugoeslavia dentro de todos sus vejámenes y tribulaciones, no es un barco sin timón que navega a la deriva, es un país que tiene su gobierno, transitorio o no, pero reconocido por todos los países aliados y con quienes mantiene su representaciones diplomáticas, país que aun canta su himno y enarbola su glorioso tricolor, emblema sagrado de la nacionalidad.

Reconocemos y aplaudimos todos los esfuerzos de nuestros guerrilleros para la liberación y unificación de Yugoeslavia, considerándolos como único medio para que después de la guerra sirvan de base para una fuerte y grande nación yugoeslava.

En estos terribles momentos rechazamos y condenamos todas las tentativas políticas que puedan producir división entre nuestros connacionales y traer graves consecuencias a la patria misma y al gran ideal eslavista que procura relaciones más estrechas entre todos los países eslavos.

Después de la liberación total de nuestra querida patria, nuestro pueblo que actualmente lucha y se desangra, que llena las cárceles, que sufre toda clase de torturas, que es perseguido y condenado al hambre, ese pueblo, y únicamente él, tendrá derecho a elegir su régimen de gobierno en la forma como él crea conveniente para los intereses de la nación, de su existencia y de su progreso⁹.

Era, estaba meridianamente claro y más allá de las buenas intenciones, la ruptura abierta entre dos posiciones irreconciliables de cara al futuro: la del gobierno del rey

⁸ De hecho varios de los que aparecían suscribiendo la resolución escribieron cartas al director del diario *El Magallanes*, manifestando haber sido sorprendidos en su buena fe (*El Magallanes*, 12 de mayo de 1944). En todo caso fueron muy pocos.

⁹ *El Magallanes*, edición del 11 de mayo de 1944.

Pedro II que se sentía sucesor legítimo del orden desbaratado por la invasión alemana de 1941, y la del indudablemente vigoroso Movimiento de Liberación encabezado por Tito, y cada uno con sus propios proyectos políticos para la Yugoslavia que habría de surgir después de la paz.

Nada ayudó por entonces (setiembre) que se divulgaran los términos del acuerdo a que habían llegado el 16 de junio el Dr. Iván Šubašić, en representación del gobierno real, y el jefe partisano Tito. Era evidente que su carácter era meramente formal y de circunstancias, para salvar la cara del débil gobierno monárquico. La realidad indicaba que el movimiento dirigido por Tito habría de imponerse políticamente de la misma manera como tenía éxito en las operaciones bélicas. Y en cuanto a sus intenciones futuras, las mismas quedaban clarísimas en la declaración suscrita por Tito el 17 de agosto de 1944, y que en su parte medular expresaba:

*Los representantes del pueblo, en la segunda sesión del Consejo Antifascista de 29 de Noviembre de 1943, condenaron en sus resoluciones la obra traicionera de los gobiernos emigrados y como expresión de los esfuerzos de todos los pueblos yugoeslavos, proclamaron el histórico acuerdo de crear una Yugoslavia democrática y federal. El Movimiento Nacional de Liberación Yugoslavo es en esencia un movimiento aceptado por todo el pueblo y de naturaleza a la vez nacional y democrática. Por consiguiente, hemos de subrayar una vez más que los jefes del Movimiento de Liberación Nacional Yugoslavo tienen ante sí una finalidad única fundamental: luchar contra los invasores y sus lacayos y construir una Yugoslavia federal democrática, y no la que nuestros enemigos nos imputan: introducir el comunismo*¹⁰.

Ante lo declarado no puede dejarse de hacer dos comentarios. Uno, que no obstante la tan proclamada profesión de democracia, la misma debía entenderse a la manera de los comunistas, como en efecto sucedió tras la derrota y retirada alemanas, esto es, la imposición de una dictadura desembozada y centralista dirigida por un partido totalitario, en un régimen que de democrático sólo mantendría las apariencias formales, y dos, que al recogerse la idea federal –con todas las limitaciones con que se la aplicaría–, se satisfacía lo que había sido el principal anhelo del pueblo croata dentro de las fronteras yugoslavas.

Pero entonces en Magallanes aquello no se preveía por cuantos adherían con entusiasmo al ideario del Consejo Antifascista de Liberación, y su fuerza se impondría rápida y mayoritariamente. No tardarían pues en excluir a los antiguos compañeros de ruta que pensaban diferente, los que se alejaron voluntaria o forzosamente de las instituciones creadas por la emigración, cuyos directorios serían copados por los partidarios de la posición dominante¹¹.

¹⁰ *El Magallanes*, edición del 6 de setiembre de 1944.

¹¹ Años después, en 1947, los excluidos de 1944 se tomarían el desquite al defenestrar de los directorios de las instituciones, especialmente del *Dom*, a los más conspicuos de los adherentes titoistas de otrora, pues éstos asumirían posiciones filo-comunistas. Ello en un contexto político nacional chileno, esto es, al tiempo de la ruptura del Presidente Gabriel González Videla con el Partido Comunista, su aliado de otrora, que sería puesto fuera de la ley por sus actividades antidemocráticas y antinacionales, según se afirmaría entonces.

De ese modo se arribó a 1945, tiempo del triunfo militar de los Aliados en Europa, con la derrota y la rendición del Tercer Reich Alemán, y la liberación final de las naciones ocupadas.

Eso en Yugoslavia había significado el triunfo de las fuerzas guerrilleras de Josip Broz Tito, y con ello llegó el inevitable destino para los vencidos: allá, para los que habían sostenido la utopía independentista, la persecución implacable, el juicio inicuo (si es que llegó a darse) y la represión feroz, de cuyo espantoso resultado sólo se sabría muchos años después; acá, para los que habían apoyado esa idea, el ostracismo societario, el menosprecio personal y el olvido.

Lo ocurrido en el seno de la colectividad de Magallanes fue un reflejo local de la tragedia de la nación croata durante el siglo XX, dividida como estuvo en irreconciliables bandos.

Para entonces, por otra parte, los símbolos del poder monárquico habían sido relegados al más oprobioso olvido. Quienes hasta no hacía mucho habían sostenido la causa de los Karadordévić y de su antiguo régimen opresor del pueblo croata guardaban prudente silencio, tanto localmente en Magallanes como en otros lugares del mundo donde radicaba la extensa diáspora abrumadoramente croata. Todo aquel que quisiera posar de patriota y progresista se las daba de republicano y antifacista. Tal sucedió entre los inmigrantes croatas y sus descendientes chilenos. Se olvidaron las antiguas loas “al joven y heroico Rey Pedro”, y a las cantadas bondades del centralismo unificador granserbio de los Karadjeorjević.

Al constituirse en 1945 la República Popular y Federativa de Yugoslavia, volvieron a ponderarse las bondades de los regímenes republicanos y federales, —antaño propugnados por el liderazgo croata de entre guerras, en especial por el gran estadista Esteban Radić—.

Y en ese tiempo, en una nueva voltereta dialéctica, Lucas Bonačić Dorić, el intelectual más respetado de la comunidad radicada en Magallanes, quien en 1914 había defendido el federalismo como una solución para los pueblos integrantes del Imperio Austro-Húngaro, y que en 1930, oponiéndose a la propuesta federalista y autonómica croata, la había menospreciado y rechazado por estimarla antinacional —“mezquino y parcial provincialismo” la llamó—¹² ahora, en 1945, volvía a retomar la posición de antaño y a aplaudir el federalismo preconizado y adoptado por el Consejo Nacional de Liberación dirigido por Josip Broz Tito.

Así Bonačić, argumentando en favor de su antigua-nueva tesis, escribió:

Aunque parezca extraño la tendencia del pueblo yugoeslavo fue siempre el federalismo. Desde siglos Croacia tenía su parlamento propio frente a Austria y Hungría, y bajo esta misma combinación estatal, existían en todas las provincias yugoeslavas dietas y parlamentos provinciales, cuyos diputados concurrían a la vez a los parlamentos comunes de Viena y Budapest, haciendo por consiguiente los yugoeslavos una intensa vida parlamentaria, que se acercaba al federalismo. Cuando fue creada Yugoslavia, el parlamento croata de Zagreb fue abolido, con lo que los croatas sintieron una honda nostalgia por su parlamentarismo, hasta el punto de no acudir al

¹² Cfr., nuestro segundo ensayo mencionado, *Studia Croatica*, vol. XXVII, N° 4 (103), págs. 327 y 330.

parlamento de Belgrado, en tiempos de dictadura. Los croatas volvían a Belgrado cuando el partido agrario croata aliado a partidos serbios le daba al gobierno de Stojadinovic, en las elecciones generales, el golpe de gracia, que le obligó a dimitir.

Todos estos factores de arrastre, creaban en la conciencia pública yugoeslava, después de dolorosas experiencias, deseos de reforma constitucional, cuyos ideales han sido recogidos y llevados adelante por el Movimiento de Liberación Nacional, encabezado por el Mariscal Tito. Todos los que son adictos al centralismo yugoeslavo de Belgrado son negados a cada rato por la evolución histórica yugoeslava, llevada hoy hasta la apoteosis de su triunfo.

Y, por otra parte, tocante al régimen político a establecerse en el nuevo estado yugoslavo, afirmó:

Además, el sistema republicano de gobierno no es extraño a los eslavos meridionales. Desde la Edad Media hubo en las costas orientales del Adriático, ciudades libres con estatutos de corte republicano. Nadie ignora de la existencia de la magnífica república croata de Dubrovnik -Ragusa- la patria de Ivan Gundulich, el Dante yugoeslavo, que durante siete siglos rivalizara en el Adriático con la serenísima república de Venecia, de San Marcos, y cuyos galeones navegaban por los mares entonces conocidos, y que cayera con el advenimiento de Napoleón, y el nacimiento de la jeiría yugoeslava.

*Por consiguiente, el movimiento de liberación nacional yugoeslavo, del Mariscal Tito, no es un movimiento esporádico e inconsciente, sino la expresión genuina de una inquietud nacional, que corresponde al espíritu de la época y a los postulados de estos tiempos, y que próximamente serán ratificada por la Asamblea Constituyente Yugoeslava, en la organización del futuro Estado Yugoeslavo y la abolición de sus anacronismos*¹³.

Así, con la palabra autorizada e indiscutida de uno de los corifeos de la Yugoslavia de entre guerras, concluiría el agitado y cambiante cuatrienio del que nos ocupamos. Durante su transcurso, con los avatares conocidos, se había impuesto a tabla rasa el ideario unitarista yugoslavo, que aunque con matices formales diferenciales entre el período anterior a 1941 y al posterior a 1945, sería la expresión tangible de un centralismo agobiador del hegemonismo granserbio, ahora revestido ideológicamente con el comunismo, sobre el conglomerado plurinacional sureslavo.

En la colectividad formada por los antiguos inmigrantes arribados a Magallanes desde fines del siglo XIX y su descendencia chilena se dieron desde entonces tanto la aceptación gozosa de muchos, como la resignada aceptación de otros y el abierto desinterés de unos terceros. Ya no habría más disputas ideológicas en el porvenir: todos fueron al fin “yugoslavos”, por origen o descendencia. Nadie, ni por asomo, mencionaría por entonces y por las próximas tres décadas a lo menos, el nombre croata, todavía estigmatizado, casi vergonzante¹⁴. Esta sería para lo futuro la característica más distin-

¹³ “Federalización de Yugoslavia”, en *El Magallanes*, 29 de diciembre de 1945.

¹⁴ En 1978, con motivo del centenario de la inmigración en Magallanes, reivindicamos el digno apelativo croata y comenzamos a divulgarlo, con fundamento, persuadidos como estábamos personalmente de la

tiva de la colectividad residente en Magallanes, que no poco sorprendería a los venidos de otras partes.

Lo que nadie podía imaginar en ese tiempo, que para unos había sido y era de euforia, y para otros de dolor y sufrimiento, era que medio siglo después, cuando la gran mayoría de los protagonistas de los sucesos de 1941–1945 habían desaparecido, en medio de los asombrosos acontecimientos europeos finiseculares, con el descalabro de las así llamadas “democracias populares”, emergería, al fin independiente, una Croacia rediviva.

Mateo Martinić

OSJEĆAJ HRVATSTVA MEĐU ISELJENICIMA U MAGALLANESU (ČILE) I NJIHOVIM
POTOMCIMA U POSLJEDNJEM RAZDOBLJU MONARHIJE (1939.–1945.)

SAŽETAK

Članak propituje političke događaje u bivšoj Jugoslaviji u posljednjem razdoblju monarhije (1939.–1945.) sa stanovišta hrvatskih emigranata u Magallanesu (Čile) i njihovih potomaka. U to su doba postojala dva stava: jedan, naizgled rašireniji, bio je odlučno projugoslavenski i kao takav prihvaćao hegemoniju Velike Srbije; drugi, manje raširen i jednako prividan, naglašavao je hrvatski identitet i identificirao se s onima koji su se u dalekoj domovini borili za političku samostalnost i puno priznanje svoga povijesnog identiteta. Svaka je skupina primala i analizirala vijesti koje su dolazile iz Europe sa svoga stanovišta, osobito one nakon što su njemačke snage 1941. porazile i okupirale Jugoslaviju te stvaranja Nezavisne Države Hrvatske. U članku se prikazuju odgovarajuće manifestacije stavova koji su se odnosili na dominaciju projugoslavena i, unutar te struje, pristalica partizanskog vođe Tita. Hrvatsko-čileanska zajednica u Magallanesu iskazivala je svoje općepoznato jugoslavenstvo, otvoreno ili prešutno, narednih pola stoljeća. Usprkos tome, nekolicina je uporno podupirala hrvatski patriotizam koji je konačno oživio stjecanjem neovisnosti Hrvatske 1991.

KLJUČNE RIJEČI: jugoslavenstvo, Nezavisna Država Hrvatska, ustaša, partizan, hrvatski patriotizam, velikosrpstvo

verdad histórica acerca de lo acontecido con el pueblo croata y comprometidos además con lo que entonces era su utópica autodeterminación nacional. Al respecto recordamos con afecto y agradecimiento al distinguido académico emigrado, prof. Dr. Lucas Fertilio, con quien sostuvimos una iluminadora conversación en 1966 que nos introdujo en el conocimiento de la historia croata que devino apasionante.

Mateo Martinic

THE CROATIAN SENSE OF IDENTITY AMONG THE IMMIGRANTS OF MAGALLANES (CHILE) AND THEIR DESCENDANTS DURING THE FINAL PERIOD OF THE YUGOSLAV MONARCHY (1939–1945)

SUMMARY

The article reviews political events which occurred in former Yugoslavia during the final period of the monarchy (1939–1945), from the perspective of Croatian emigrants in Magallanes (Chile) and their descendants. In that period there were two lines of thought. One, apparently more widely held, was decidedly pro-Yugoslav and, as such, accepted the hegemony of Greater Serbia. The other, conspicuously in the minority, emphasized its Croatian identity and identified with those who, in the distant homeland, were struggling for a statute of autonomy, and for full recognition of their historical and cultural individuality. From their respective points of view, each group analyzed the news which arrived from Europe, especially those following the defeat and occupation of Yugoslavia by the German forces (1941) and the subsequent creation of the Independent Croatian State. From then onward, the article presents and assesses the corresponding demonstrations of opinion which, following the evolution of events showed the predominance of the pro-Yugoslavs and, within that tendency, the supporters of the partisan leader Tito. Explicitly or tacitly, the Chilean-Croatian community of Magallanes was notably pro-Yugoslav for the next half-century. Nonetheless, the determined spirit of Croatian patriotism was kept alive by a few, bursting forth with renewed vigour when Croatia obtained its independence in 1991.

KEY WORDS: Yugoslavism, Independent State of Croatia, ustasha, partisan, Croatian patriotism, Great Serbianism